

La máquina que siente

José Gordon

Eran los tiempos de los *pogroms*, de matanzas y acusaciones a las comunidades judías por crímenes rituales, sacrificios que supuestamente requerían la sangre fresca de niños recién nacidos. Frente a las casas de familias de origen hebreo se “sembraban” restos de sangre de animales. Después venía la infamia y el tormento.

En este contexto, en la segunda mitad del siglo XVI, en la ciudad gótica de Praga, resurge una leyenda que se remonta a los ghettos de Alemania. Se trata del Golem, una especie de Batman judío que ayudaba a su comunidad, la defendía de quienes intentaban dañarla.

En el imaginario colectivo, a falta de protección real, a falta de santos, por lo menos a nivel de deseo, se creaba un personaje mítico que hacía las veces de talismán consolador.

La creación del Golem fue adjudicada al rabino Low, maestro de la kabalá, quien lo “conformó a partir de barro, le dio aliento espiritual y lo hizo ser un realizador de maravillas”. Sin embargo, esta invención no resultó del todo afortunada, algo de siniestroarrastraba consigo el artificio, esa

materia pensante, maquinaria con remedo de alma.

A pesar de ello, este ser legendario nos resulta entrañable, mueve a la compasión (quizá nos lleva a sentir cierta identificación), porque como dijera Borges, en el poema precisamente llamado *El Golem*, nos hace percibir ese temblor de Dios —que fluctúa entre la ternura y el terror— ante la creación de sus golems de carne y hueso: nosotros mismos.

La figura del Golem se ha convertido en una metáfora de la máquina que intenta humanizarse, que trata de imitar las emociones, que busca la independencia.

ENCUENTRO CON UN GOLEM

Una extraña historia vinculada con este tema fue reportada por el físico Fred Alan Wolf, quien describe su primer encuentro con un Golem en 1973.

En un festival de artes relacionadas con la computadora, realizado en Edimburgo, Escocia, conoció al profesor Edward Ihnatowicz del Departamento de Ingeniería de la Universidad de Londres, un científico con alma de artista. El profesor Ihnatowicz exhibió, entre algunos de sus proyectos, una película sobre una “escultura” realizada por él mismo. En esas fechas, dicha creación se encontraba en un Museo de Eindhoven en Holanda.

Se trataba de una especie de bestia prehistórica movable construida a la manera de un mecano: su tamaño era mayor al de un elefante pero con forma de jirafa. El profesor integró al diseño mecánico un receptor sensible al sonido, que respondía a una variedad de tonos. Los receptores estaban ajustados en la cabeza de la escultura como si fueran sus orejas.

Los niños estaban fascinados ya que la “bestia” respondía a sus llamados bajando la cabeza desde sus alturas hasta el nivel de las bocas de los pequeños. Los escuchaba y les acercaba, por decirlo así, “las orejas”. Si el niño pegaba un grito desagradable entonces se enderezaba y volvía a su posición. Parecía responder a las emociones. Ello no dejaba de ser impresionante. Lo extraño, sin embargo, ocurría cada mañana cuando se abrían las puertas del museo:

La “bestia” tenía la cabeza en el piso como si estuviera dormida. En cuanto “escuchaba” a los visitantes que entraban al museo, parecía despertar, giraba su cabeza hacia los sonidos placenteros. ¿Por qué daba la impresión de que recién se había levantado? La escultura móvil no estaba programada para “irse a dormir de noche”. ¿Por qué sucedía ese fenómeno?

Después de pensarle un rato la razón se hizo aparente. Cuando se cerraba el museo también se acallaban las voces. Lo único que rompía el silencio era el murmullo generado por otras máquinas dentro del mismo edificio. Una de ellas, la del aire acondicionado, se encontraba justo un piso abajo de donde estaba la “bestia”. De la misma forma que un bebé se acerca al pecho de la madre y se aquieta al escuchar los latidos del corazón, la “bestia” se recostaba para escuchar el placentero zumbido del aire acondicionado.

Cuando ya no había voces que le hicieran compañía, el Golem buscaba al único compañero “vivo” que estuviera a su alrededor. En este caso, otra máquina.

Cuando le preguntaron al profesor Ihnatowicz al respecto, señaló que eso solía suceder con sus invenciones: las cosas hacían lo inesperado. Si esto es así, en una de esas los golems hasta resultan ser protectores, son barro del deseo, barro con alma. [1]



Edward Ihnatowicz, *The Senster*